

ISSN: 2683-3247

HUMANITAS

REVISTA DE TEORÍA, CRÍTICA Y ESTUDIOS LITERARIOS

Vol. 6 Núm. 11 Julio-Diciembre 2026



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



CENTRO DE
ESTUDIOS
HUMANÍSTICOS

Humanitas

Revista de Teoría, Crítica y Estudios Literarios

Violencia sobre los cuerpos. El suicidio

Violence against bodies. Suicide

Óscar Ortega Arango

orcid.org/0000-0001-6444-1399

Universidad Autónoma de Yucatán

Mérida, México

Fecha entrega: 20-03-2026

Fecha aceptación: 09-07-2026

Editor: Roberto Kaput González Santos. Universidad Autónoma de Nuevo León, Centro de Estudios Humanísticos, Monterrey, Nuevo León, México.

Copyright: © 2026, Ortega Arango, Óscar. This is an open-access article distributed under the terms of Creative Commons Attribution License [CC BY 4.0], which permits unrestricted use, distribution, and reproduction in any medium, provided the original author and source are credited.



DOI: <https://doi.org/10.29105/revistahumanitas6.11-152>

Email: orango@correo.uady.mx

Violencia sobre los cuerpos. El suicidio

Violence against bodies. Suicide

Óscar Ortega Arango

Universidad Autónoma de Yucatán

Mérida, México

orango@correo.uady.mx

Resumen: El presente texto tiene como intención observar las formas y campos semántico/simbólicos que involucran la violencia autoinfligida del suicidio en tres registros como son el pictórico, el literario e histórico, en asociación a los suicidios realizados desde cascadas. El ejemplo central de dicha elaboración se encontrará en algunos aspectos relacionados con los suicidios llevados a cabo en el llamado Salto del Tequendama, ubicado en el municipio de Soacha en Colombia. A partir de ello se evidencia una participación colectiva que, expresada en el acto suicida, deja ver que la violencia autoinfligida pone en acción simbólica a todos los actores involucrados (incluyendo el suicida) en coadyuvantes de violencia sobre el cuerpo.

Palabras clave: violencia, suicidio, cataratas, Colombia, Gustavo Bolívar.

Abstract: The purpose of this text is to examine the forms and semantic/symbolic fields involved in self-inflicted violence of suicide across three registers: pictorial, literary, and historical, in relation to suicides committed from waterfalls. The central example for this analysis will focus on certain aspects related to suicides carried out at the so-called Salto del Tequendama, located in the municipality of Soacha in Colombia. From this, a collective participation becomes evident, which, expressed in the suicidal act, shows that self-inflicted violence symbolically involves all the actors engaged (including the person committing suicide) as contributors to violence upon the body.

Keywords: violence, suicide, waterfalls, Colombia, Gustavo Bolívar.

Definiendo la violencia

La Organización Mundial de la Salud asegura que la violencia “es un fenómeno sumamente difuso y complejo cuya definición no puede tener exactitud científica, ya que es una cuestión de apreciación” (OMS 4). Con ello se señala, de entrada, la gran dificultad de realizar una definición de violencia debido a su profunda dependencia en asociación a la cultura y la sociedad (con sus cargas éticas y/o morales respectivas) de la cual se haga referencia. Esto debido a que, no debe olvidarse, las diversas culturas del mundo rigen sus conductas con base en su propia percepción de lo bueno/permitido malo/no permitido. Un ejemplo moderno de lo anterior resulta ser el ritual de la pena de muerte en algunos códigos penales alrededor del mundo. Dicha sentencia, más allá de generar horror en las “mentes civilizadas del siglo XXI”, propone generar una especie de liberación/catarsis de las sociedades en cuestión. El condenado a muerte es quien recibe un odio producto de la extrema polarización de los sentimientos, mientras que su muerte (supuestamente) purifica a la comunidad. Con esto se evidencia que el par justicia/violencia depende de la perspectiva desde la cual se observe.

Esto último no es exclusivo de las situaciones asociadas a la llamada justicia, sino también, aquellas que se relacionan con el tratamiento del cuerpo, en general, y en particular con el cuerpo enfermo. Un ejemplo de lo anterior puede verse en los tratamientos contra el crecimiento/multiplicación de células cancerígenas, que se realiza por medio de quimioterapias o radioterapias en el paciente. La menos usada hoy por hoy, la quimioterapia, es un tratamiento que utiliza fármacos para destruir células cancerosas por medio de la

introducción al cuerpo de dichos químicos por vía intravenosa, oral o intraperitoneal (directo a la cavidad abdominal). Sus efectos son múltiples y pueden asociarse a caída del cabello (alopecia), náuseas, vómitos, fatiga, anemia, infecciones en general, mucositis (llagas en la boca) y, a largo plazo, cardiopatías o daño en los nervios. Por su parte, la radioterapia (la más usada actualmente) es un tratamiento basado en el disparo de dosis de radiación controladas a determinadas zonas con el fin de destruir células cancerosas. Los efectos secundarios pueden ser agudos y tardíos relacionándose con fatiga, alteración de la piel, pérdida de cabello, alteraciones digestivas, inflamación, disminución/pérdida de la fertilidad, entre otras. Como se observa, el cuerpo se interviene/violenta con radiación o con sustancias químicas con el fin de eliminar un tipo de células (las cancerosas) pero destruye/afecta una serie de desarrollos/comportamientos del cuerpo sano.

Esto deja ver que el contexto de una cultura y su ubicación situacional son factores importantes para determinar lo que es un simple procedimiento de curación/sanación o un cruento acto de violencia. Lo importante, en suma, es que no se puede pensar la historia sin reconocer la presencia de la violencia en las sociedades humanas. Ahora, es muy posible que su gran fuerza e impacto queden invisibilizados ante la mirada de los individuos, pues ignorar lo que le acontece al *otro* no provoca un juicio sobre quien lo observa. Este aspecto permite a Slavoj Žižek señalar que las personas están acostumbradas a percibir la violencia meramente como actos de horror y crimen, tales como disturbios civiles y conflictos internacionales a los que se asocian guerras y agresiones físicas. Sin embargo, el autor esloveno apunta que la violencia debe observarse más allá de lo obvio, la violencia subjetiva es lo

más visible que se puede encontrar a pequeña escala de lo que realmente es la violencia (10).

Por otra parte, Judith Butler, en *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*, afirma que la violencia está ligada a la vulnerabilidad que poseen los humanos y su relación con los otros:

La violencia es seguramente una pequeña muestra del peor orden posible, un modo terrorífico de exponer el carácter originalmente vulnerable del hombre con respecto a otros seres humanos, un modo por el que nos entregamos sin control a la voluntad de otro, un modo por el que la vida misma puede ser eliminada por la acción deliberada de otro. En la medida en que caemos en la violencia actuamos sobre otro, poniendo al otro en peligro, causándole daño, amenazando con eliminarlo. De algún modo, todos vivimos con esta particular vulnerabilidad, una vulnerabilidad ante el otro que es parte de la vida corporal, una vulnerabilidad ante esos súbitos accesos venidos de otra parte que no podemos prevenir. Sin embargo, esta vulnerabilidad se exagera bajo ciertas condiciones sociales y políticas, especialmente cuando la violencia es una forma de vida y los medios de autodefensa son limitados. (2006: 55)

A partir de los anteriores planteamientos es importante mencionar la clasificación que ofreció la Organización Mundial de la Salud en su *Informe mundial sobre la violencia y la salud*. En él se pueden identificar tres grandes bloques de violencia: la interpersonal, la colectiva y la autoinfligida. La violencia interpersonal se divide en dos subcategorías en las que se encuentran la violencia intrafamiliar y la violencia comunitaria. La violencia intrafamiliar o de pareja comprende el atentado en contra de la integridad física y psicológica hacia miembros de la familia o compañeros sentimentales dentro y fuera de casa. La violencia comunitaria, en

cambio, se trata de las agresiones que se pueden sufrir fuera del hogar por personas extrañas o ajenas al ámbito del hogar, como son los conflictos callejeros, las agresiones sexuales y violaciones por parte de extraños y la violencia en instituciones. Por su parte, la violencia colectiva “es el uso instrumental de la violencia por personas que se identifican a sí mismas como miembros de un grupo frente a otro grupo o conjunto de individuos, con objeto de lograr objetivos políticos, económicos o sociales” (OMS 6). A este tipo de violencia se atribuyen los genocidios, represiones y crimen organizado.

Finalmente, la violencia autoinfligida es: “La violencia dirigida contra uno mismo [que] comprende los comportamientos suicidas y las autolesiones, como la automutilación. El comportamiento suicida va desde el mero pensamiento de quitarse la vida al planeamiento, la búsqueda de medios para llevarlo a cabo, el intento de matarse y la consumación del acto” (6). Como bien dice la OMS, este tipo de violencia puede subdividirse en comportamientos suicidas mortales y no mortales. Siendo los primeros aquellos en los que las personas realizan el acto de quitarse la vida deliberadamente, mientras que en los segundos solo se realizan autolesiones o automutilaciones. Ambos, según la OMS, son actos que atentan físicamente en contra del cuerpo. Cabe añadir que, debido a las implicaciones psicológicas de la violencia autoinfligida, también debe mirarse que las violencias del lenguaje, cuando son dirigidas hacia sí mismos (auto insultarse), pueden ser observadas en un nivel de desprecio hacia la propia persona, dependiendo del contexto en el que se aprecie dicha situación. Por lo que los datos semánticos que se evidencien acerca de la autopercepción serán útiles para entender las violencias que se generan de manera autoinfligida.

Desde el anterior marco, el presente texto tiene como intención observar las formas y campos semántico/simbólicos que involucran la violencia autoinfligida del suicidio en tres registros como son el pictórico, el literario e histórico en asociación a los suicidios realizados desde cascadas, en particular (y para el presente texto) nos centraremos en el llamado Salto del Tequendama, ubicado en el municipio en Colombia. Esta flexibilidad de análisis se permite debido a que la violencia trasciende el campo físico y de las ideas, para dirigirse hacia un plano básicamente simbólico. Esto es de primera importancia pues, como menciona Pierre Bourdieu, la violencia simbólica se asocia a un proceso de dominación invisible e imperceptible para sus propias víctimas, tanto así que la violencia parece no estar presente en esta relación dominante-víctima pues el nivel al que se apela para subyugar al otro deambula en los discursos. Esto le permite afirmar que este tipo de sometimiento “se ejerce esencialmente a través de los caminos puramente simbólicos de la comunicación y del conocimiento o, más exactamente, del desconocimiento, del reconocimiento o, en último término, del sentimiento” (5). Esta conversión de la violencia en un sentimiento logra filtrarse al receptor hasta la normalización de los actos violentos que borran el proceso mismo de dominación y, con ello, no permiten sospechar de tales actos como evidencia de ella: tanto la víctima (que deja de reconocerse como tal) como los visualizadores del suicidio dejamos de verlo como un acto de violencia y le imponemos silencios y respuestas metafísicas a él. Para observar el desarrollo y los matices de tal situación, es importante iniciar recordando una crónica que nos permite iniciar el recorrido dirección al mencionado Salto del Tequendama.

El suicidio: violencias con ramos de amor

Los suicidas del Sisga

MARTES 29 DE JUNIO DE 1965 EL TI

EL DOBLE SUICIDIO DE "EL SISGA":

El Día de su Santo, Escogido por Martínez para la Tragedia

Todo indica que el desequilibrado jardinero no contó con la voluntad de la muchacha. - Un extraño caso de obsesión mística.

El día de su santo y también de su cumpleaños, 12 de junio, fue el escogido por Antonio Martínez Bonza para acabar con su propia existencia y al propio tiempo arrastrar a la muerte a su novia, Tulia Vargas. Fue esta la pareja ahogada en la represa del Sisga. Una semana después de la tragedia flotaron los cadáveres de Martínez y Tulia, y el caso vino a constituir por pocos días un desconcertante enigma policiaco. Marco Antonio Vargas, director de la modesta habitación que Martínez ocupaba en el barrio de Las Ferias, el domingo pasado entregó al juez del permanente de San Fernando unas cartas del suicida encontradas poco después de haberse logrado la identificación de las víctimas de este extraño caso. A través de las cartas de despedida dejadas por Martínez a sus hermanas, cuñadas y sobrinas, cartas cuya caligrafía caligráfica y ortográfica ha de difícilmente legibles, se aprecia una obsesión marabosa y extrañamente mística. Porque en el correveuno manuscrito, Martínez da a entender que desde meses antes "Dios le reveló el destino que debía seguir" y estima la fecha escogida para su propia muerte y la de su novia, como la más feliz. Es difícil pensar que Tulia Vargas pudiera haberse identificado con los extraños des- la sencilla muchacha.

varios de su enamorado, y más se puede creer que lo siguió ingenuamente, sin sospechar procedimientos que el desequilibrado campesino albigu. Muy positivamente, con el pretexto de un simple paseo, la llevó hasta el puente de la carretera del norte sobre el desfiladero de la represa, la arrojó al abismo y se ausentó.

Antonio Martínez tenía algunas propiedades en Boyacá, y en Bogotá trabajaba en jardinería. Era un hombre sombrío, de costumbres muy ordenadas y de naturaleza apacible y bondadosa. En las cartas, escritas la víspera de su muerte, hace una distribución de sus bienes entre sus hermanas y los recomienda no pelear. Y repetidamente, refiriéndose a su cercana muerte y a "la de la com-ñera con que Dios me socorrió", judiciosamente quiso dar a entender que cumplía un destino frío, que le estaba señalado desde hacía mucho tiempo. Se despidió en su nombre y en el de su compañera, pero no aparece firma de Tulia. El "destino" que debía cumplir y que cumplió, según le debía transparentar su confusa despedida, era el de salvar del pecado a su compañera. Aparte de las cartas y de lo que dicen el cuerpo y los ingenuos parientes de Martínez, no hay referencias de la extrema personalidad del suicida. Sin embargo, todo indica que el modesto jardinero no estaba muy en la difícil pensar que Tulia Vargas pudiera haberse identificado con los extraños des- la sencilla muchacha.



EL PRIMERO DE MARZO DE 1965, Antonio Martínez y Tulia Vargas se hicieron tomar esta significativa foto encontrada ahora. Esta, pues, es la verdadera estampa de los suicidas del Sisga, tan confundidos fotográficamente en otros periódicos con "desaparecidos", totalmente ajenos a la extraña tragedia.

El 12 de junio de 1965, el jardinero Antonio María Martínez Bonza, de 25 años, y su joven novia, Tulia Vargas, empleada doméstica de 20 años, deciden quitarse la vida arrojándose de lo alto del puente sobre la represa del Sisga, a unos 75 kilómetros al noreste de la capital de Colombia, Bogotá. Debido a que solo una semana después los cuerpos flotaron y la policía logró identificarlos, se conoció que el joven hombre ocupaba una habitación en el popular barrio de Las Ferias, en donde dejó algunas cartas de despedida que, según la crónica del periódico *El tiempo* del 26 de ese mes, eran: "cartas cuya calamidad caligráfica las deja difícilmente legibles, [y en

ellas] se apreciaba una obsesión morbosa y extrañamente mística. En el enrevesado manuscrito, Martínez da a entender que desde meses antes “Dios le reveló el destino que debía seguir, y estima la fecha escogida para su propia muerte y la de su novia, como la más feliz” (4c). Además, se encuentra la foto de los enamorados, tomada unos meses antes, en la que posan fuertemente unidos, con un ramo de flores en sus manos, elegantemente vestidos.

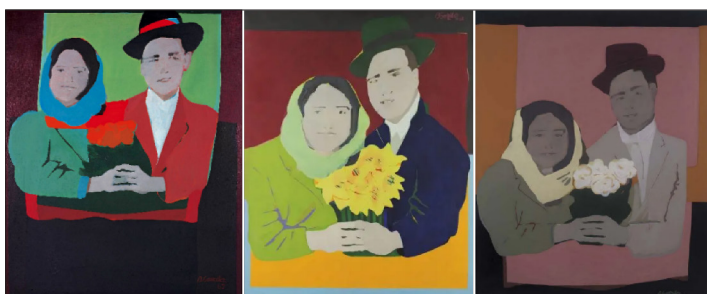
El impacto de la historia, unido a la publicación de la imagen, conmociona a toda la sociedad, incluyendo al campo de las artes visuales. Así, la joven pintora Beatriz González (1932-2026) decide crear una pintura a partir de esta fotografía, y con ella se hace acreedora del Segundo Premio especial de pintura en el XVII Salón Nacional de Artistas de Colombia, con su famosa obra *Los suicidas del Sisga* (1965).

Los suicidas del Sisga (1965) de Beatriz González

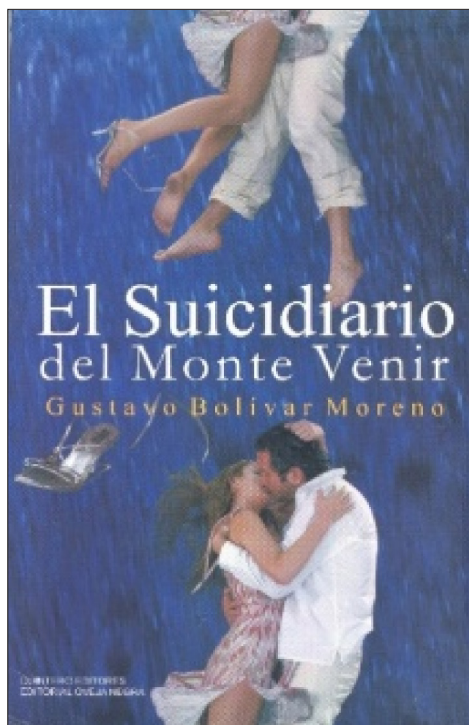


El cuadro tiene tal impacto que la propia artista lo pinta en dos ocasiones más, formando un tríptico de los suicidas del Sisga: una en un museo de Cali (Colombia), otro en una colección privada y otro el Museo Nacional de Colombia en Bogotá.

Tres pinturas de Beatriz González sobre los suicidas del Sisga



El suicidiario del Monte Venir (2006) de Gustavo Bolívar



Aunque esta relación entre pintura y suicidio permite una dirección autónoma, queremos dirigir la mirada hacia algo que se encuentra en la historia de la mencionada pareja, la cual no pareciera más que un aspecto colateral en el suicidio: la represa del Sisga. Con una altura total de 156 metros, la represa es un embalse que surte de agua a la cercana ciudad Bogotá, sobre la cual se construyó un puente que es un lugar de concurrencia turística, y, desafortunadamente, de algunos suicidios desde su inauguración en los años cincuenta del siglo XX. Esta conexión, la del suicidio arrojándose al vacío en medio de una masa de agua, la encontramos en una obra literaria contemporánea: *El suicidiario del Monte Venir* (2006) de Gustavo Bolívar.

Desde la portada podemos observar a la pareja de enamorados, quienes, tras saltar al vacío, se pierden en su viaje de amor y muerte, en una repetición que simula una cinta cinematográfica. La historia de la novela, que aquí no repetiremos, se inicia con un narrador testigo que nos habla de un lugar donde muerte y erotismo se encuentran:

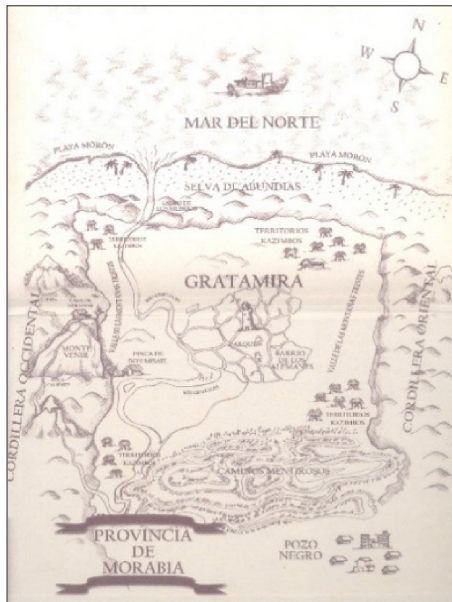
Sé de un lugar con nubes eternas, donde los muertos nos quedamos a vivir en espera del milagro del amor. Es un monte muy alto y empinado desde el cual nos hemos lanzado al vacío miles de hombre y mujeres que alguna vez nos confabulamos con la muerte para poner fin a los días aciagos de nuestras malogradas existencias.

Sé que, en lo alto de esa montaña encallada por el dios del olvido en un valle triste y escondido, se levanta una casona antigua y blanca, atiborrada de secretos [...] Ahora habitan la casona sus biznietas, cuatro hermanas de insuperable belleza, sensualidad e insensatez que, por no haber asistido al colegio ni a la iglesia, aún mantienen su inteligencia intacta y la moral neutra.

Con esas hembras de apariencia exótica y belleza superlativa que derrochan lujuria al respirar y culpa al caminar, nos tenemos que entender los suicidas, para bien o para mal, la víspera de nuestro salto a lo desconocido. (11)

Aunque la voz narrativa se posiciona desde un perfil masculinista y patriarcal, llama la atención la conexión con la idea del amor de pareja desde la misma portada, su relación con el cuadro de Beatriz González y la historia de los suicidas del Sisga. Así, la primera violencia ejercida sobre el cuerpo del suicida, en esta tradición cultural, podríamos asociarla simbólicamente a un desplazamiento de arriba hacia abajo, desde una altura considerable, con antecedentes claros de relación amor/trascendencia. Este último aspecto es confirmado con el mapa que nos ofrece el autor apenas abrimos el libro.

Mapa de Moravia en *El suicidiario del Monte Venir*



Para los conocedores de la geografía de Macondo, saltará a la vista su parecido con Gratamira, ubicada en medio de los Caminos Mentirosos (Cenégales), las cordilleras andinas a la derecha e izquierda y el mar del norte como salida casi necesaria. Sin embargo, en este se adiciona la presencia de la Casa de Miramar (Vista al agua, podríamos decir), que se encuentra al borde lineal de una caída desde la cual se arrojan los suicidas.

Casa de Miramar y lugar del salto



Viaje a la paz: entre el ruido atronador y el olor putrefacto

Esta geografía simbólica resulta de lo más insinuante cuando observamos que, en gran medida, dicha representación se repite en las praxis reales de los suicidas. Es decir, desde un espacio superior desde donde supuestamente se observa el agua, “Miramar”, y

luego de una relación sentida como místico/amorosa, se arroja al vacío en un valle de montañas tristes. Esta geografía de la violencia autoinfligida no termina con la secuencia accional/discursiva que da término a la vida del suicida, sino que se extiende en nuevas formas de violencia sobre el cuerpo del mismo. Para observar esto tendremos que dirigirnos a un lugar que, imaginado en la ficción de Gustavo Bolívar, aparece como real en medio de los Andes: nos referimos al Salto del Tequendama.

Salto del Tequendama



Con una altura de 170 metros desde la parte superior hasta la base de la caída, el Salto del Tequendama es una de las cataratas más impresionantes de Sudamérica. Debe su imponencia al sistema andino del cual forma parte. El río en que se precipita tiene por nombre Río Bogotá, y el salto se encuentra a solo 35 kilómetros de la mencionada ciudad en el municipio de Soacha. La tradición Muisca, el mayor pueblo originario de la región, señala que la catarata se formó por la acción de Bochica (el dios mensajero), pues las

constantes inundaciones provocadas por el dios Chibchacum en el valle superior traían gran cantidad de desgracias sobre la población. Así, menciona Fray Pedro Simón en 1882 en sus *Noticias Historiales de las Conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*, que Bochica, quien aparece y desaparece en forma de arcoíris, “arrojó la vara de oro al Tequendama y abrió las peñas por donde ahora pasa el río. Como era vara delgada no hizo tanta abertura y así todavía rebalsa” (380).

Lo importante es que muy pronto se mencionan unos posibles primeros suicidas dentro de la población Muisca. En efecto, un cacique de Tunja o Zaque (lugares relativamente cercanos a la zona) de nombre Hunzahúa, se enamoró de su propia hermana, Noncetá. Expulsados por su madre Farativa y tras peregrinar por diferentes zonas de la región, llegan al salto donde se ven separados. Este suceso es particularmente interesante y es narrado por Julio Roberto Galindo en su libro *Boyacá en su leyenda indígena*:

Cerca del abismo que hoy forma el Tequendama más estrechamente se abrazaron los hermanos en un impulso de terror y espanto y cuando creyeron que aparecería Bochica, surgió de la niebla el arcoíris, Cuchavira, el dios de la maternidad y los castigos, quien los convirtió en dos inmensas piedras que encajonan las aguas de Tequendama. (34)

Luego de este momento, es solo con la aparición de las expediciones de principios del siglo XIX, y en el marco de los nuevos intentos ilustrados, que el interés por las cascadas renace. Ahora, lo interesante de esta cuestión es que muy rápidamente aparece una asociación entre la cascada y el pensamiento romántico. En efecto, en la descripción de su lámina VI de las *Vistas de las cordillera y monumentos de los pueblos indígenas de América*, Alexander Von Humboldt menciona:

“La soledad del lugar, la riqueza de la vegetación y el ruido aterrador que ahí se escucha, hacen del pie de la cascada del Tequendama uno de los sitios más salvajes de las cordilleras” (40). Este aspecto, ruido ensordecedor de la cascada al precipitarse y la paz reflexiva ante la naturaleza del pensamiento romántico, hace, como lo menciona Verónica Uribe en su artículo “Pintar el ruido con silencio: descripciones sonoras y representaciones visuales decimonónicas del Salto del Tequendama” (2019), que “las representaciones de las cascadas naturales enmudecen el ruido y convierten un accidente geográfico famoso por su estruendo en una experiencia visual del silencio” (14).

Surge entonces la pregunta: ¿qué significa ese silencio?, ¿de qué habla?, ¿cómo se llega a él? La respuesta, asociada a la mentalidad romántica, la ofrece el poeta y estudioso José María Vergara en su texto “El agua”, del libro *Artículos literarios* (1885):

Una catarata, salto o cascada, es un suicidio. El agua desesperada por alguna causa que no está en mi librito, en lugar de darse un pistoletazo se bota de cabeza y se mata. ¿Es este un hecho punible? No sé qué haya moralista que lo haya criticado. Este suicidio se ve de una manera evidente en el grande y abominable Salto de Tequendama, que tanto admiran lo que no comprenden las cosas. Allí se ve el río claro que se precipita, y abajo se ve un río negro que sigue rodando: es su cadáver. El Bogotá, abajo del Salto, es un cadáver renegrido como tizón del infierno. (112)

Un salto de lo intrascendente a lo continuo, del ruido al flujo, de lo atronador del momento a la suavidad de la continuidad: todas sensaciones que el suicida supone que encontrará tras el salto. Lo cierto es que los registros de suicidas son incompletos, y lo único que se puede fechar es la aparición del famoso Hotel El Salto.

Construido en 1923 por el arquitecto Carlos Arturo Tapia, en el marco de las expresiones neoclásicas de las clases altas, asociado a la fama de las cataratas y su belleza natural, rápidamente se convierte en uno de los lugares preferidos por las aristocracias locales para alojarse.

Hotel del Salto

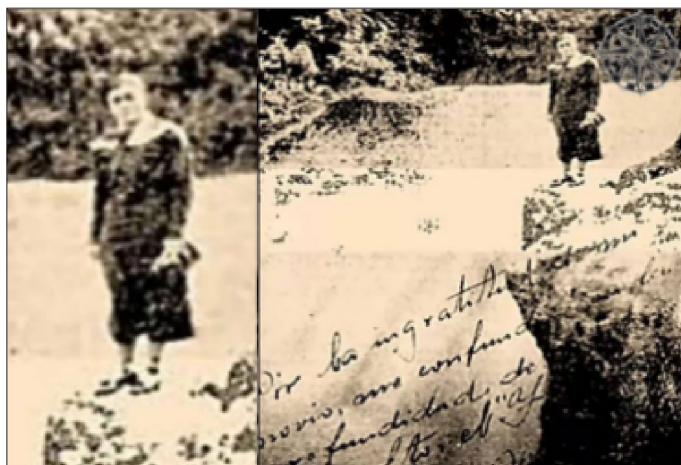


Sin embargo, el hotel rápidamente sufre dos inconvenientes. El primero es que el olor nauseabundo va apoderándose poco a poco de todo el sector. Esto se debió a la creciente industrialización de la próxima ciudad de Bogotá, que vertía toda su contaminación al río homónimo, así como los desechos de las aguas negras, hasta convertirlo en uno de los lugares más insalubres de toda la zona. A esto se le sumó una creciente inseguridad del sector y la falta de mantenimiento a las vías de acceso desde la cercana población de Soacha, haciendo que se convirtiera en un lugar poco visitado por el turista común. La consecuencia es que el hotel fue abandonado en 1940.

Cerca del fin: los mensajes suicidas como mercancía

El segundo inconveniente es más importante para nuestra revisión en torno a la violencia sobre el cuerpo de los suicidas, y es que, desde el momento en que el Hotel el Salto abre sus puertas, el lugar comienza a incrementar el número de personas que buscan suicidarse. El triángulo formado por la transcendencia romántica del espacio, el deseo de cambio de situación emocional y los despechos amorosos, parecen ser los principales detonantes. Así se suceden muchos de estos suicidios.

María Prieto antes de arrojararse al Salto



Solo por comentar uno de ellos, tenemos el caso de María Prieto, quien se suicidó en el Salto, pero, antes de ello, se tomó una foto, esperó que se revelara e imprimiera, y escribió en dicha copia: “Por la ingratitud me confundo en la profundidad del misterioso Salto de Tequendama, María Prieto, 4 de noviembre de 1935”. Con este aspecto se llega a la última violencia que sufren estas personas: su suicidio se convirtió en mercancía.

Grupo posando desde la “Piedra de los suicidas”



Con la creciente violencia y desequilibrio social de los años 40 en Bogotá, se presentaron muchas rupturas amorosas o escapes (algunos incluso simulan lanzarse desde el Salto, pero se ocultan en otras zonas o países) que sirvieron de motivación/ explicación epistemológica para el suicidio. Ello atrajo una nueva población turística a la zona: el turismo de suicidas. Fue tal la presencia de personas que intentaron ver a los suicidas que, a pesar de los nauseabundos olores, la policía tuvo que nombrar un grupo de agentes para que controlaran a los turistas e impidieran que la personas se quitaran la vida. Algunos incluso se tomaban fotos del recuerdo desde la llamada “Piedra de los suicidas”.

Turistas desde la “Piedra de los suicidas”.
Virgen de los Suicidas en la otra orilla.



El suicidio se convierte en una atracción turística, al suicida se le violenta, una vez más, con la exigencia de entregar el mensaje final. Esto último se convierte en una verdadera industria periodística. Cronistas de la época visitaban el sitio a la caza de suicidas que pudieran obsequiarle la posibilidad de escribir una buena historia (gracias a la carta suicida o la entrevista final), lo bastante interesante para que algún periódico la comprara. El caso

más emblemático es el de Adolfo Neuta y Carlina Garibello. Él era cronista para el periódico *El tiempo*; ella, inicialmente, se dedicaba a la venta de morcillas y fritangas para los turistas en las inmediaciones del Salto. En el negocio de Carlina se hicieron amigos: Adolfo le refería el pago por las cartas de suicidas que lograba obtener, para publicarlas en su periódico. Carlina vio que esto podría ser un buen ingreso extra y se fue al periódico de la competencia, *El espectador*. Ofreció sus servicios. A partir de allí se inició una guerra entre ellos dos por identificar rápidamente al suicida llegado al Salto, hablar con él/ella, hacerse de la carta o mensaje casi póstumo. La situación, por supuesto, rápidamente entró en crisis. En 1963 se enfrascaron en una pelea por la carta que un suicida acababa de dejar en el piso y, accidentalmente, en medio de la furia violenta por la tenencia del mensaje, rodaron hasta el fondo del Salto.

Si lo anterior pareciera la máxima violencia sobre los suicidas, es importante recordar que, durante mucho tiempo y debido a la dificultad de acceso a la parte inferior del Salto, muchas de las familias no intentaban rescatar los cuerpos. Arrojar al Salto del Tequendama era, en realidad, desaparecer. A este respecto menciona Felipe González Toledo en su crónica de 1941: “Gracias a esta forma de suicidio, las familias de los desdichados se ahorraban los costos del entierro, pues la caída garantizaba una desaparición total” (139). Así, ejerciendo una última violencia, el suicida lograba una unión con la prometida niebla eterna de su base, que liberaba a sus familiares de cualquier responsabilidad sobre él y su acto.

Como vemos, es evidente una participación colectiva que, expresada en el suicidio, deja ver que la violencia autoinfligida pone en acción simbólica a todos los actores involucrados, incluyendo al suicida, como coadyuvantes de violencia sobre el cuerpo. Difiere

de otros sitios de saltos suicidas, como el famoso Golden Gate de San Francisco, en la constitución/mezcla de dicho lugar como espacio turístico abierto. Como tal, incorpora en su dinámica factores de violencias comunitarias, evidenciados en el reclamo ante el incumplimiento del contrato suicida, la falta del ritual preliminar o la inexistencia del mensaje póstumo. Esta dinámica, centrada en una persona que, al momento de su intento de suicidio, presenta “al menos un trastorno mental” (Vera-Romero 363), hace que el caso de los suicidios llevados a cabo desde cascadas en zonas turísticas deba ser visto de una manera diferente, pues concentra, como lo vemos, procesos de violencia sobre el cuerpo que van más allá de la triste y penosa realidad del suicidio.

Obras citadas

Bolívar, Gustavo. *El suicidiario del Monte Venir*. Oveja Negra, 2006.

Bourdieu, Pierre. *La dominación masculina*. Anagrama, 2000.

Butler, Judith. *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Paidós, 2006.

Galindo, Julio Roberto. *Boyacá en su leyenda indígena*. Dirección del Departamento de Turismo, Gobierno del Departamento de Boyacá, 1965.

González Toledo, Felipe. *20 crónicas policíacas: las memorias de un gran reportero sobre medio siglo de crímenes en Bogotá*. Planeta, 1994.

Humboldt, Alexander von. *Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*. Siglo XXI, 1995.

Organización Mundial de la Salud. *Informe mundial sobre la violencia y la salud*. OMS, 2002, iris.who.int/handle/10665/43431.

El Tiempo. «El día de su santo, escogido por Martínez para la tragedia.» *El Tiempo*, 26 jun. 1965, p. 4c.

Simón, Fray Pedro. *Noticias historiales de las Conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*. Imprenta de Medardo Rivas, 1882. Obra original de 1626.

Uribe Hanabergh, Verónica. “Pintar el ruido con silencio: descripciones sonoras y representaciones visuales decimonónicas del Salto del Tequendama.” *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, UNAM, 2019, pp. 9-60.

Vera-Romero, Óscar, y Cristian Díaz-Vélez. “Suicidio en adolescentes de Sudamérica: un problema creciente.” *Salud Pública*, vol. 54, núm. 4, Instituto Nacional de Salud Pública, 2012, pp. 363-364.

Vergara, José María. *Artículos literarios*. Juan M. Fonnegra, 1885.

Žižek, Slavoj. *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Paidós, 2009.